

## **CLAUSURA DE LAS JORNADAS: “ESTAMPAS HISTORICAS DE LA MEDICINA VASCA” Donostia, 1991**

### **Intervención de D. Julio Caro Baroja**

Señoras y señores, después de esta larga jornada, en la que se hablado de muchos aspectos importantes de la práctica y la teoría de la medicina, desde aquello que es incumbencia de los especialistas en cosas muy modernas y muy problemáticas a veces, hasta lo que es reflejo de costumbres seculares, me parece que mi intervención tiene que ser breve, por razón del tiempo, y también un poco distinta, en el sentido de que más que de la medicina en sí, como reflejo de una necesidad vital, el ansia de curación, como reflejo de una posición de fe ante la ciencia o de posición de fe ante la misma religión, creo que por razón de recuerdos familiares, podría decir algo distinto en relación con los mismos médicos, con el personaje del médico.

Como saben ustedes, mi tío, Pío Baroja, fue un médico frustrado. Ejerció la medicina en Cestona durante poco tiempo, y después, por razones distintas, abandonó la profesión y no la ejerció más que en vida privada, para cuidar o atender a su madre o a alguna persona relacionada con él. ¿Razón de este abandono? En principio hay algo que unos médicos saben aguantar con valor, saben resistir a situaciones difíciles en que se encuentran, y otros no, y entre éstos estaba mi tío.

Cuando él ejerció de médico en Cestona, en Guipúzcoa, se encontró naturalmente con sitios de su circunscripción que estaban muy lejos del pueblo; caseríos pobres en los que tenía que asistir a un parto, a una operación delicada, en la que él se encontraba, primero con una ignorancia del problema, una ignorancia que unos resuelven mejor que otros, y que él no sabía resolver; se encontraba también con una desasistencia total, en el sentido de que podía encontrarse en una casa sin agua caliente, sin toallas, sin los medios elementales para dar la cara al asunto. Y esta especie de reto de la realidad ante un hombre responsable, indeciso, fue una de las razones por las que tuvo que dejar la profesión.

En relación ya no con la medicina y la casuística que plantea, sino con su experiencia de estudiante, también tenía recuerdos curiosos que reflejaban distintos aspectos de la práctica médica. Estudió en San Carlos, en Madrid, hace ya un siglo, se encontró con una universidad un poco destartalada, con una facultad de medicina muy desigual, con unos profesores que tenían caracteres muy distintos, y de los cuales alguno le parecían hombres de responsabilidad enorme, otros puros practicones y otros, en fin, con una personalidad que en el fondo rebasaba la concepción médica que se podía tener en ellos. En esa época era un hombre famosísimo en España el doctor Letamendi, que era un gran orador, un hombre que tenía alta idea de sí mismo y que también tenía discípulos que eran furiosos partidarios de él. Para otros, Letamendi, sin embargo, como médico, como hombre de ejercicio era discuti-

ble, y todavía hay hoy ilustres profesores —que yo he conocido— de medicina, personalidades que tienen una idea un tanto peyorativa de él aunque otros le han defendido a capa y espada. Entre los que han querido rehabilitarlo y considerarlo como un hombre importante, estaba el mismo doctor Marañón.

Pero había figuras distintas a las de Letamendi en todo, que a mi tío le interesaban y por las que llegó a tener un conocimiento exacto de su propia personalidad. El asistía a las prácticas, a las consultas de un hombre que era en su época importante como práctico. El doctor López Elizagaray. Y con López Elizagaray encontró que el médico, como tal, cuando llegaba el caso, eliminaba el problema de la personalidad al enfermo, iba a la enfermedad, iba a detectar, a hacer el diagnóstico y a imponerle el tratamiento. Elizagaray, que era hombre muy perspicaz, observó precisamente que a mi tío (que iba a dejar de ser médico para ser novelista) le interesaban más las personas que las enfermedades, y fue uno de los reproches que le hacía: “A ti no te interesa la enfermedad, te interesa cómo es la persona, de qué vive, dónde vive, qué ambiente... Y, claro, esto no es un criterio médico. Puede ser a veces, sí, un criterio apendicular para entender a una persona con problemas siquiátricos, etc., pero es secundario”. Esta especie de aclaración que le hizo López Elizagaray le sirvió mucho para decidirse por fin a no practicar la medicina y a escribir novelas. De esta experiencia misma sacó una serie de consecuencias, de las cuales unas están reflejadas en sus memorias, otras en algunos artículos, como “LOS RECUERDOS DE UN MEDICO DE PUEBLO”, o incluso también en alguna novela. Dio una idea general de la visión que podía tener un joven que trabajaba en Madrid frente a la universidad, frente a San Carlos, frente a los valores que establecían unos y que negaban otros. En realidad, en muchos casos se puede decir que con la suma de observaciones que realizó y que están dispersas aquí y allá, se podrían escribir unas verdaderas memorias de un médico.

En relación con el País, tuvo también mucha curiosidad por algunos aspectos que aquí se han tratado con erudición. Por ejemplo la medicina popular; las creencias de las gentes acerca del valor, de las virtudes por las plantas, etc., la distinción clásica que hay entre una medicina popular que se basa en palabras —la de los que con oraciones, con la expresión vocal quieren curar—, la que se basa en ingredientes, en sustancias —la de los emplastos, etc.— y la que se basa en supuestas afinidades y en la vieja idea de la simpatía y antipatía de los cuerpos, es decir una medicina por contactos y por similitudes.

En este orden, recuerdo que, cuando yo empecé a hacer unas investigaciones sobre la vida rural en el pueblo familiar, en Vera de Bidasoa (esto arranca del año treinta y tantos de este siglo), me chocó algo en relación con ella. Tenía en la vecindad una mujer que era conocida como curandera, y la gente demostraba gran fe por ella. Usaba muchas veces de hierbas, de plantas, de modo que un día le pedí que me recogiera una serie de plantas de las que usaba, y que me dijera para qué servían, la utilidad que tenían. Me dio las plantas con sus nombres en vasco -algunas revelaban la función que se les destinaba-, las llevé a casa y con un herbario que tenía las estuve identificando y me encontré con la sorpresa de que todas eran medicinales, pero que la función medicinal que daba el botánico no era la que daba la mujer, es decir, que había una duda respecto a la utilización médica de este conocimiento botánico, y la verdad es que después he querido aclarar este dilema y no he llegado nunca a tener ocasión de hacerlo. De todas maneras, por mi familia, por mi experiencia, he visto lo que ha sido en una época la función del médico frente a lo que hoy es: es decir, que yo añoro y echo de menos a aquel médico familiar que se sucedía generación tras generación en las casas, el médico de cabecera, el hombre que conocía tres generaciones de personas y que podía incluso intuir algo de lo que pasaba en las más jóvenes en relación con

las anteriores. Y, últimamente, hablando con médicos del pueblo, con gentes que tienen la certeza de conocer, propuse que en algún pueblo de los cercanos al mío se hiciera un archivo médico que fueran heredando los médicos sucesivos, porque creo que esto arrojaría muchas ideas respecto a la herencia, respecto a los caracteres, respecto a la posibilidad de curación, porque —no como médico, sino como aficionado a la antropología y al estudio de las generaciones— puedo ya, por edad, tener idea de la existencia en algunos caseríos hasta de cinco generaciones de personas, y en esta sucesión de generaciones me encuentro con claridad que hay muchos rasgos hereditarios, hay muchas cosas que se explican por herencia, muchas caras que puede uno reconocer por su fealdad y otras por su belleza como pertenecientes a una familia, y creo que la propuesta de que en los pueblos se hiciera un archivo médico municipal, de llevarse a cabo, resultaría provechosa para el conocimiento médico y para la labor concreta del facultativo rural.

Y, con ésto, doy por concluidas las JORNADAS DE HISTORIA DE LA MEDICINA VASCA / EUSKAL MENDIKUNTZAREN HISTORIARI BURUZKO JARDUNALDIAK.

Muchas gracias, mila esker.